

MONSEÑOR FRANCISCO VALDÉS SUBERCASEAUX,
MISIONERO, OBISPO, SIERVO DE DIOS.
1908-1982

“Señor tú sabes que te quiero”, Juan, 21,17.

Este es el versículo que el primer monje capuchino chileno y primer Obispo de Osorno, Fray Francisco Valdés, tomó como lema de obispo, una expresión de su amistad íntima con el Señor, coherente a lo largo de toda su vida de preparación y penitencia, de búsqueda y de realización en pos de la Vida Plena en el Reino de Dios.

“Mamita Dios me llama” le dice a su madre a los cinco años, bajándose de la cama muy decidido y ella guarda estas señales en su corazón, siguiendo el maravilloso ejemplo de María. Un niño totalmente normal, llamado entonces Maximiano, dotado para hacer cosas con las manos, desde la mecánica que le encantaba, la carpintería, la escultura y la pintura; también los veleros y el deporte en general.

Su padre quería que siguiera sus pasos por la ingeniería, su madre quería entregarlo al Señor, sin hacerle sugerencias directas.

Estando de viaje en Roma con la familia, de diez y siete años y habiéndose graduado del Colegio San Ignacio, decide ser sacerdote y quedarse a estudiar en el Seminario Pío Latinoamericano romano, tras discernir una primera crisis de vocación.

“¿Señor, qué quieres que yo haga?”, se preguntaba mientras seguía sus estudios religiosos y como en forma totalmente casual, se topa con la orden capuchina, esos pobres monjes, más pobres que el normal de los franciscanos, con sandalias, un hábito de lana café con capucha, un rosario de cuescos de durazno y le llamaban la atención su sencillez y autenticidad y el desapego del mundo que emanaban.

La noticia leída en un diario italiano de un incendio en Valdivia donde habían muerto en su convento varios hermanos menores capuchinos, lo hace decidirse por la Orden.

Parte de Italia en pleno invierno a Alemania y sin hablar una palabra de alemán, pide en latín hospedaje en un monasterio de Baviera donde pasará varios años de preparación académica, pero sobre todo se forja en la obediencia, la penitencia y el sentido de entrega y de servicio del capuchino.

Quiere hacerse misionero de Araucanía.

Si el grano de trigo no muere, no produce fruto: fue duro su aprendizaje, el silencio de los monjes alemanes, permiso al superior para hacer cualquier cosa, comida de rodillas en ciertos días de penitencia, oficio divino, pero por sobre todo, una alegría profunda lo embarga, alegría muy contagiosa, alegría en el mensaje que llevaba consigo adonde va, con su testimonio de vida y de entrega.

Queda doctorado en Teología. Y sale de Alemania a pie, dice su primera misa en Venecia y al poco tiempo se encamina a la Araucanía a cumplir su misión, ya como “el Padre Francisco de San Miguel”.

Como en el libro de Tobías **“haré padre mío todo lo que me has mandado”**.

Apenas llegado al sur le hacen entrega de un documento timbrado llamado “Obediencia”: será profesor de teología en Boroa para novicios capuchinos en vez de ir a misionar como es su más íntimo deseo; nuevamente es probado su temple.

Más tarde llegará el tiempo de misionar: recorrerá incansablemente las montañas y los lagos bajo la lluvia y el frío, sin darse un descanso, para atender las necesidades espirituales de muchas comunidades y sus capillas. Luchan en su interior el darse por entero al pueblo mapuche, creando para esto lugares de oración, imágenes pintadas y talladas en madera y libros que cuentan la epopeya de los misioneros alemanes, como la novela Lemunantu.

Aprende el mapudungun, conoce las tradiciones y costumbres de Arauco; y por otro lado, su también fuerte vocación por la vida contemplativa de la alabanza divina, sin ataduras materiales aparece con fuerza; esta lucha se librarán en su interior toda su vida.

Como le escribe a su madre, “comprenderá mamita, que estimo necesario volver a la soledad del yerno, al retiro de la trapa, al silencio de los claustros para que haya sal que aún no ha perdido su sabor...”.

“ A la tarde te examinarán en el amor”, son las palabras de San Juan de la Cruz, que parecen ser el lema de su gran entrega, a la hora que es nombrado parroco de Pucón, por aquel entonces un pobre pueblo perdido en el sur y carente de todo, donde permanecerá trece años y no volverá sino para morir muchos años más tarde en el convento de monjas que funda en esos años cuarenta, de plena actividad creadora.

El mundo de la posguerra mundial que rehuye de Dios, le provoca dolor y rebela su espíritu; también los veraneantes que llegan poco a poco a Pucón serán objeto de encendidas prédicas por la tibieza de un cristianismo formal que parece ser un signo de la época.

Pero el Señor tiene preparado para él algo más: en 1956, el Papa Pio XII decide crear la diócesis de Osorno, hasta entonces una extendida parroquia de cientos de kilómetros y varios miles de feligreses, relativamente alejados de la Iglesia, física y espiritualmente. Nuevamente la obediencia llama a su puerta: extendido en el frío suelo de la Iglesia del Sagrado Corazón del Bosque, me recuerdo que es consagrado obispo junto a dos prelados más, por Monseñor Manuel Larraín, obispo de Talca, gran amigo y el Vicario de Arauco, monseñor Guido Beck de Ramberga..

Todas sus labores, luchas y energías entregadas en Pucón, ahora se redoblan frente a este nuevo rebaño del Señor, que además de pobre, sufre en 1960 el devastador terremoto de Valdivia.

“La mies es mucha y los obreros pocos” Lc. 10 1-2

Parece ser la medida de su misión, siempre contento y transmitiendo alegría, sin negar nunca una ayuda o una visita ni pararse a pensar que algo sobrepasaba sus energías: no conoce el cansancio, viaja a Santiago en los asientos de madera de la tercera clase de los trenes; sigue a Europa a pedir ayuda económica ,se da por completo a la reconstrucción de la Catedral de Osorno y su detallada ornamentación lo que le toma quince años hasta su consagración. No logra verla acabada. La belleza está siempre presente entre las expresiones que le son cercanas cuando se trata de las cosas de Dios.

Misionar en su propia diócesis significa allegar pastores al rebaño: atrae a la Orden de Holy Cross para fundar el Colegio San Mateo de Osorno, a monjas carmelitas que en su convento contemplativo trabajen fuerte la oración, a los jesuitas americanos y muchas otras empresas que hagan realidad el camino del Señor aquí y ahora : es capaz de entusiasmar y transmitir la Palabra y hacer que muchos la sigan.

A la hora del Concilio Vaticano II está en medio de la Iglesia Católica del mundo entero, deliberando acerca de su renovación y su futuro, “como un terremoto de Dios en medio de los siglos”, le escribirá a su madre y confidente. Los fines de semana se escapa por los

pueblos italianos y me recuerdo nuestra sorpresa de niños al verlo predicar en italiano con la misma espiritualidad y simpatía tan naturales en él. Su espíritu familiar lo hace escribir entre sus muchas preocupaciones de toda índole un recuento íntimo a la muerte de mi madre.

Apacienta mis ovejas Jn 21,17

Es el aliento que da fuerza a su labor y su vida: no todo es fácil ni llevadero, sacerdotes extranjeros que no están contentos con su pastor, osorninos que critican su inclinación social y preferencia por los pobres, tiempos revueltos en los años 60 con la revolución hippy y la liberación sexual, alternativas fáciles al camino de santificación al que siente ser su llamado y su mensaje.

También se juega por entero para lograr liberar algunas personas presas en los difíciles días que siguen a Septiembre del 73.

Hace penitencia y es extremadamente duro consigo mismo: duerme normalmente en el suelo, a su edad sigue de sandalias y hábito de lana invierno y verano, apenas descansa. Su madre y hermanas velan desde Santiago para que se alimente mejor y se cuide. No parece tener conciencia de su ser físico: particularmente su sonrisa y su mirada, impresionan.

Sus cartas aún hoy, treinta años y cincuenta años después transmiten la energía renovadora de la revolución espiritual en que está empeñado: tiene una palabra cariñosa para cada cual y también un consejo firme y sólido cuando se requiere.

Como si hubiera participado en Aparecida, veinticinco años antes, está por el protagonismo laico en la Iglesia Católica: su amistad con la creadora del movimiento Mariapoli, Chiara Lubich lo compenetra profundamente con las comunidades Focolare que siguiendo su entusiasmo se instalan en Chile, tierra bien abonada y aquí crecen.

Yo soy el buen pastor, el buen pastor da su vida por las ovejas. Jn 10,11.

Fiel al ejemplo de su Señor, como si no tuviera bastantes almas que misionar, se desvive por los chilenos que viven en la Patagonia Argentina, cuya existencia es muy crítica humana y socialmente. Esta realidad lo lleva a tomar conciencia a finales de los setenta de la tensa situación entre nuestros países, antes que explote el conflicto por el Beagle.

Mediante varias cartas al entonces presidente, el General Pinochet lo insta a que acuda a la mediación papal de su Santidad Juan Pablo II, a quien admira sobremanera.

Al poco de cumplir 25 años de obispo, le detectan un cáncer y retomando su antiguo amor

por el mundo contemplativo va a pasar sus últimos días al Hospital de Pucón, al cuidado de las monjas carmelitas. Ofrece su vida por la Paz entre los países hermanos y por las almas a su cuidado.

Lo único que pide para sí en su testamento espiritual es : “pido que no se haga ningún gasto superfluo por mi sepultación. Que se cante la misa en gregoriano y salmos en castellano por todo el pueblo. Que sea depositado en un cajón de madera rústica bajo el suelo de la catedral, en espera del día de la Resurrección”.

Mariano Valdés Valdés

Retiro General Movimiento Apostólico Manquehue

Agosto 2010